rona del derecho divino que ellos creían forjada con un rayo de la aureola de Dios, camino de amarguras, señalado por el tormento, por el potro, por la copa de cicuta, por la hoguera donde se achicharraban las carnes y se calcinaban los huesos del pensador, pero no su pensamiento, cuyas alas no podían ser oprimidas en el calabozo ni abrasadas en el fuego; y así, señores, los que sabemos cuanto puede el pensamiento, no tememos las últimas nubes de humo de la apagada hoguera de la inquisición que aún quedan en los aires (*Bien, bien*), y miramos con menosprecio las maquinaciones que contra el pensamiento, vencedor del hierro y del fuego, arman en su odio a la libertad, no los tiranos, que ya no existen, sino los imponentes sofistas. (*Vivos y repetidos aplausos*).

Para continuar esta obra de progreso, pedimos que se realice la doble naturaleza individual y social del hombre; que la personalidad sea inviolable, la propiedad inviolable, el trabajo inviolable, el hogar doméstico inviolable; que la conciencia pertenezca al hombre y no al Estado; que el pensamiento pertenezca al hombre y no al censor; que el trabajo pertenezca al hombre y no al señorío o al gremio feudal; que la palabra sea tan libre como el pensamiento, y la imprenta y la tribuna tan libres como la palabra; que no se desaproveche ninguna actividad y todas las voluntades concurran al bien común por el sufragio universal; que el jurado y en él la conciencia, la voz de Dios en la vida, juzgue a los hombres y temple la severa inflexibilidad de las leyes; que el derecho encarne en el Estado la naturaleza del hombre; que la asociación libre y voluntaria realice los fines morales, religiosos, artísticos, científicos del hombre; que la enseñanza sea libre y el comercio libre, sin que tema ni la sombra de la aduana ni la garra del fisco (*Aplausos*); que toda vida política se funde en la libertad, y toda libertad en igualdad, para que no degenere en privilegio (*Aplausos*); que la sociedad sea para los espíritus lo que es el espacio para los cuerpos, una necesidad, sí pero una necesidad que no dañe la impenetrabilidad de nuestro derecho (*Bien, bien*); para que lleguemos a los tiempos en que los hombres libres se reunan en pueblos libres, los pueblos libres en razas afines, las razas en sus continentes, los continentes en la humanidad, la humanidad se aproxime por la justicia y el derecho a Dios. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

Señores: El progreso en la naturaleza, consiste en acercarse al espíritu; el progreso en el trabajo, consiste en apropiarse libremente la natura-

leza; el progreso en la familia, consiste en unirse más estrechamente cada día en el mútuo respeto y en el mútuo amor; el progreso en el arte, en hermosear toda la vida humana: el progreso en la ciencia, en extender y dilatar las relaciones del espíritu con la humanidad, con el universo, con Dios; el progreso en la religión, en asemejar nuestra existencia en virtud, hermosura y verdad a Dios; el progreso social, en la realización del derecho, y el progreso total, en el desarrollo de nuestra esencia y en el cumplimiento del bien. Seguramente, señores, ya estáis cansados de oirme. (Muchas voces: *No, no.*) Y si no estáis cansados de oirme, a lo cual os obliga vuestra caballerosidad, lo que os aseguro, y no podéis negar, es que yo estoy cansado de hablar. (Muchas voces: *Que descanse, y que siga, que descanse.*)

Agradezco infinito vuestra benevolencia. Puesto que se ha tratado la cuestión también históricamente, daré algunas pinceladas históricas para terminar esta controversia, que ha durado, señores. todo el año. Veamos. Mirad el Oriente, y observaréis el principio de la historia y la infancia de la humanidad, la naturaleza exuberante, la tierra cubierta de bosques gigantescos, cruzada por ríos caudalosos, quebrada por montañas inaccesibles,

ceñida de mares tempestuosos; la sociedad inmensa como la naturaleza, y como la naturaleza absorbente; la teocracia recelosa, con un dedo en los labios para imponer silencio a toda palabra que no sea su palabra; la ciencia cabalística y misteriosa, oculta al pie del altar, como un fuego que abrasa; la verdad encerrada en un jeroglífico; los animales más gigantes en los altares; los vicios más voluptuosos en el culto; las castas como única organización social, de donde brota el placer para el poderoso y el amargo dolor para el humilde; la inmovilidad tenida por ley de la vida; el misticismo por ley del espíritu; la obediencia por la ley de la sociedad; el aislamiento por ley de los pueblos; la contemplación por ley del arte; ideas todas que borran el espíritu del hombre, que abruman su conciencia, que hubieran hecho de la humanidad una esfinge sosteniendo un altar, si la lógica viva, oculta en todos los hechos, no hubiera despertado dos pueblos, el uno en el dintel del África y el otro en el dintel de Europa; el primero, que saca el jeroglífico del santuario y lo escribe en la pared del templo; que talla las piedras y encuentra el embrión de la aérea columna; que pronuncia la palabra misteriosa de su ciencia en los oidos de otra raza; que presiente en sus dioses la estátua; que embalsama los ca-

dáveres, y arranca así la idea de la individualidad a la oscura muerte de las antiguas teogonías (*Bien, bien*); y el otro que tiende un leño en el mar, una vela en el aire; que impulsa con el trabajo la vida inmóvil del Oriente; que lleva los dioses informes en las barcas para que los talle y convierta en hombres el cincel del artista; que transforma en jeroglífico en letra alfabética, la imprenta de la antigüedad, para que pueda expresar todas las ideas y comunicarse a todas las razas; y así entre estos dos pueblos, entre Egipto y Fenicia, trasmiten el alma soñolienta, mística, panteista del Oriente a otras regiones, donde pueda amanecer la primer luz de la libertad y celebrarse, libre de las cadenas de la naturaleza, la emancipación del hombre. (*Aplausos*).

La infancia de la humanidad es el Oriente; pero la juventud primera de la humanidad es Grecia. La naturaleza es riente, graciosa, de costas ondulantes, de mares serenos, de arroyuelos que corren entre adelfas, de montes ceñidos de lentisco, de bosquecillos de mirtos, donde arrulla la paloma y el ruiseñor eleva sus arpadas endechas; los dioses son alegres jóvenes, vestidos de luz, ceñida la frente de flores, cantando y riendo siempre; el templo es armonioso, abierto a todos vientos, porque no tiene ningún misterio; cortado por columnas

que llevan, como la virgen griega una guirnalda, su diadema de acanto; el culto se celebra, no con sacrificios humanos, sino con danzas y cánticos; libaciones y comidas, donde se reparte el vino de Chío y la dulce miel de Hibla; la república se encierra en una ciudad donde los hombres viven perpétuamente en compañía de sus dioses; el teatro es un templo; la plaza pública un teatro, donde el orador no habla, sino canta; la historia se recita en los juegos olímpicos; las batallas se empeñan entre los acordes sonidos de los coros y la inspirada voz de los poetas; la filosofía se explica entre jardines, a la sombra de los plátanos, viendo el sol quebrarse en el mar, y respirando las dulces áuras que bajan del azulado Hymeto; las grandes navegaciones son *teorías*, son procesiones en que el barco ostenta su popa dorada, y el nevegante aleja la tempestad con su sonrisa, y se corona de verbena para despedir al sol o saludar a la luna; las grandes conquistas, como la de Alejandro, más que por las armas se alcanzan por el amor de aquella raza a todas las razas, por la lira que lleva en las manos y la armonía que lleva en los labios; el mar allí está poblado de sirenas que cantan en las ondas, los arroyos de náyades que cantan en la linfa; los campos de fáunos que suenan el caramillo en los

bosques; las ciudades de estátuas cuyas formas son una armonía; y hasta la muerte, en todas partes tan triste y tan solemne, es allí alegre, pues el griego la recibe contento, como un beso de amor, y se duerme en sus brazos sonriendo, como pudiera después de un festín dormirse en brazos de amada hetaira; que religión, política, ciencia, vida, muerte, son en la patria del arte un prolongado cántico. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

Era necesario unir el Oriente y Grecia, y entrar en la edad madura del mundo. Roma, hija de Marte, alimentada en su cuna por la leche de salvaje loba, teniendo por primitivo dios una lanza enmohecida y ensangrentada puesta de punta en el suelo, es la fuerza que viene a reunir, a condensar toda la vida precedente y toda la historia anterior: en sus patricios y en sus plebeyos, el Oriente y Grecia; en sus tablas y en sus códigos, el derecho de todos los pueblos; en su ciencia ecléctica, el pensamiento de todas las filosofías; en su panteón, los dioses misteriosos de todas las religiones; en su imperio, la soberanía de todas las razas; en su ejército, la columna macedónica, el elefante oriental, el salvaje galo desnudo, el ibero vestido de lino y envuelto en su manto negro, el hondero balear, el jinete númida, verdadero centáuro, cubierto de pieles de tigre, que vuela en su caballo, en pelo y sin rienda, como el simoun por el desierto; y por último, en el recinto de su Pœmerium todas las regiones: la que protestó con Antioco y con Mitridates, el Oriente; la que protestó con Sagunto y con Viriato, el Occidente; la que protestó con Amilcar y con Anibal, Africa; la que protestó con Breno, las Galias; la que protestó con Arminio, la Germania; que no hay fuerza bastante a resistir al león que sacude de su guedeja en el coliseo el polvo de todas las regiones de la tierra; a la espada que disciplina todas las razas de la humanidad; al cíclope que levanta con las ruinas de todos los altares el templo gigantesco del nuevo Dios; al profeta que amasa con la sangre vertida a sus piés, el cuerpo de la nueva humanidad; el misterioso pueblo que trae a la vida la unidad material del género humano, y a la sociedad la unidad civil del derecho; términos que son completados en una sublime trilogía por la unidad espiritual del cristianismo.(*Bien, bien*).

Pero el mundo antiguo se perdía por el sensualismo. Los emperadores subían al trono en hombros de la guardia pretoriana, no para regir el mundo, sino para vengarse como Tiberio; para ser el primer farsante de su siglo como Nerón; para comer como Vitelio; para mancharse con las enor-

midades del sensualismo, como Heliogábalo; la matrona desnuda en su carro de marfil a gozarse en ver morir los gladiadores; los hijos delataban al espía que sus padres habían maldecido en sueños al emperador, solo para heredarles; el patricio dejaba caer las armas de sus progenitores, que no podía levantar del suelo, y pasaba su vida en el baño, huntándose el afeminado cuerpo con nardo el amor había llegado a todas las brutalidades que que puede imaginar en sus desvaríos la naturaleza viciada; la crueldad encalleció las conciencias y los corazones, pues el camino triunfal de Craso al Capitolio estaba ornado de seis mil esclavos; y el camino de Nerón a su palacio, estaba alumbrado de hombres cubiertos de resina y pez, que ardían como hachones, y en una fiesta de Claudio morían diez y siete mil gladiadores; los misterios de Eleusis, antes tan puros, se habían convertido en una orgía; las Vestales, antes tan castas, en miserables prostitutas; el pueblo romano, antes tan fuerte, en una plebe ociosa que la Annona mantenía y el Circo distraía; sociedad horrible, cuya imagen nos ha quedado en aquella cena de Trimalción, en que se comen lenguas de ruiseñores, se beben perlas en el vino diluidas y encerradas en copas hechas de una sola esmeralda, se saborean murenas alimentadas con carnes de jóvenes

esclavos; orgía en que todas las fuerzas humanas se hubiera agotado, si del Rhin, del Danubio no hubieran venido a interrumpirla aquellos bárbaros crueles, feroces, que traían el martíllo de Thor en una mano para demoler los templos y las estátuas, la espada de Odino en la otra para sacrificar las generaciones, bárbaros castos pero horribles, que aparecían desnudos, o cuando más, cubiertos con algunas pieles de osos y de ratas; que arrojaban por flechas huesos humanos, y llevaban las cabezas de sus enemigos pendientes del cuello de los caballos; y que guiados por Alarico, por Genserico, por Radagusa, por Atila, hubieran en mares de sangre anegado toda aquella civilización, si el sacerdote cristiano, armado de la nueva idea, no les hubiera obligado a olvidar las divinidades antropófagas de sus selvas por el Dios de la mansedumbre y del amor; y derramando el bautismo sobre aquellas razas, no hubieran bautizado una nueva civilización; triunfo sublime del espíritu sobre las fuerzas, de la idea sobre las armas.

Señores. No busqueis la Edad Media, la antítesis del mundo pagano, en los castillos feudales, que son unas cuantas piedras arrojadas para contener nuevas irupciones de bárbaros; no la busquéis en la gleba empapada de lágrimas y sangre, porque allí está la servidumbre, y donde está la servidumbre

no está la vida; no la busquéis en los municipios, cuya libertad es privilegiada como la libertad antigua, y como la libertad antigua egoista; no las busquéis en las guerras que agitan al mundo en delirio infinito como si estuviera embriagado en sangre; no la busquéis en los esfuerzos de algunos grandes reyes para constituir naciones, que acaban siempre por abortar monstruos; no la busquéis ni en la protexta prematura del racionalista Abelardo, ni en la protexta imposible del republicano Arnaldo; buscadla en su gran carácter, en el predominio de la idea religiosa sobre todas las ideas; en su gran personificación, en el Papa arrogante. que tiene a sus pies, de rodillas, ayuno, lívido, trémulo, azotado por la escarcha, al emperador de Alemania; buscadla en su gran símbolo, en las catedrales góticas, en aquellas maravillas de piedra, hechas por regeneraciones animadas por el espíritu religioso, maravillas que llevaban, como el arca de Noé, en si toda la civilización de su tiempo, pues a su sombra se agrupan las casas, como los polluelos bajo las alas de su madre (*Aplausos*); en su plaza se reune el mercado; en su pórtico se bendicen los alimentos; en su cláustro se verifican las fiestas teatrales; al son de sus campanas se congregan las Asambleas; al pié de sus altares se arman los caballeros; de sus capillas salen los peregrinos; en su tribuna resuena

la única palabra que se oye en aquella edad, la palabra del sacerdote; en su atmósfera se une el cántico del clero a la voz tonante del pueblo, que forma el coro y llena las bóvedas henchidas de oraciones, en sus aras está la madre de todos los hombres, la Virgen pura; en sus letanías, el triunfo del amor místico; en sus procesiones, perfumadas de incienso, bendecidas por el órgano que anima cuadros, estatuas y columnas, iluminadas por los cirios y por las lámparas que parecen estrellas errantes que han ido a beber su luz en el santuario, en sus procesiones, todos los misterios del alma; en su arquitectura, todo el arte, la columna griega, cortada en haces, el arco romano, agrandado como las puertas eternales, y el obelisco oriental, pero no empotrado en la tierra, sino perdido en los aires (*Bien, bien*); en el suelo, compuesto de lápidas sepulcrales, la vida de ayer, la muerte; en la forma de la iglesia, que es una cruz, la vida de hoy, el sacrificio; en las hojas cinceladas en los arcos, la naturaleza; en la ventana rasgada que se abre allá arriba, y que recoge la luz y la descompone en los matices del iris, el cielo; y en la aguja calada, aérea, que se levanta a lo infinito, que se pierde en los arreboles del firmamento, la escala mística, misteriosísima, por donde la vida contingente aspira a confundirse con la vida

eterna, y el hombre, movido por la fé, sube a perderse en el seno de la gloria. (*Vivos y redoblados aplausos*).

Pero la Iglesia sola no podía llenarlo todo, absolutamente todo, en la vida del hombre. No se puede negar la naturaleza sin que se levante a reivindicar sus derechos. La Edad Media, dejando aparte su ideal religioso, es un caos; la guerra embriaga a los hombres de sangre; el caballero feudal ha sido admirablemente representado en aquel Beltrán del Bornio que iba pisando fuego, y llevaba su propia cabeza en las manos, centelleando de sus ojos hundidos torva luz, y escupiendo de sus labios sangre coagulada; la tierra se perdía por la maceración; el hombre por no tener confianza en sí mismo, cuando un soplo de vida vino a despertar el renacimiento, y la lira de Grecia sonó con todas sus armonías, y Bruneleski levantó el templo griego agigantado con la idea cristiana, y Rafael encerró el espíritu místico en la forma de la Psiquis griega; y Miguel Angel puso el *Te-Deum* de la redención en las gigantescas figuras del mundo clásico, y Descartes arrancó la razón al yugo de la antigua autoridad científica, y la pólvora hizo volar en pedazos los castillos feudales, y la brújula conquistó el mar, y Colón dió a la tierra la conciencia de sí misma, y el lente de Galileo

dilató los cielos, y un hombre oscuro e ignorado sacó del hierro de las cadenas unas letras en el fondo del claustro de Strasburgo, y trajo en su mano con esas letras de imprenta el filtro de la inmortalidad, para lo que hay de más sagrado en nuestra naturaleza, para el inviolable pensamiento. (*Aplausos*).

Pero como el progreso es tan lento, y el impulso de la humanidad hacia su perfección tan débil, la inquisición pesaba aún sobre la conciencia; la censura sobre el pensamiento; la tasa sobre el comercio; el privilegio sobre el trabajo; el señorío sobre la propiedad; el rey sobre el derecho; el último eslabón de su cadena sobre el esclavo; la última piedra del feudalismo sobre la tierra, cuando la monarquía absoluta, que materialmente se moría de hambre, buscó un auxilio en las entrañas de Francia; llamó a los sacerdotes que creía teócratas; a los nobles que creía feudales; a la clase media que creía aún realista, y se encontró espantada, con que buscando unos Estados a la manera de la Edad media, había encontrado al pueblo inspirado por la filosofía, al pueblo transfigurado por la idea (*bien, bien*), cuya fuerza había roto todas las cadenas y había subido a todas las conciencias desde las hogueras y la Bastilla; y en aquella noche, la más

augusta que guarda la libertad en sus anales, en aquella noche, del 4 de Agosto de 1789, fecha que todo el hombre debe llevar grabada en el corazón, y transmitir entre bendiciones a sus hijos (*aplausos*), el clero perdió sus privilegios, la nobleza arrojó la coyunda feudal que había pesado mil años sobre el mundo (*aplausos*), el eterno esclavo irguió la frente y se encontró igual a sus señores por sus infortunios; y la última sombra que huía de aquella noche, se llevaba consigo largos siglos de servidumbre, y la primera luz que alboreaba venía a iluminar el derecho que nadie podrá arrebatarnos, porque en el Sinaí del pueblo se escribió ese derecho, no en bronces, no en mármoles, no en tablas, no; se escribió en nuestra conciencia, en el cielo inmortal de nuestro espíritu. (*Ruidosos y repetidos aplausos*).

Así véis el hombre confundido con la naturaleza en el Oriente, el hombre comenzando su emancipación en Grecia, el hombre uniéndose a la humanidad en Roma, el hombre redimido del antiguo sensualismo por la idea cristiana, el hombre reconociendo su personalidad en el aislamiento en que le encerraba el derecho bárbaro, el hombre educando su espíritu en la catedral de la Edad Media, el hombre uniéndose a la naturaleza en el renacimiento, el hombre coronándose con su derecho en la Constituyente francesa, el hombre entrando más libre en el siglo diecinueve. Ahora bien: decidme con la mano puesta sobre el corazón, con los ojos puestos en la conciencia, aquí donde no nos oye nadie: ¿Queréis pertenecer a la raza de los Crasos o a la raza de los Espartacos? ¿Queréis pertenecer a la raza de los tiranos o a la raza de los Sócrates? ¿Queréis pertenecer a la raza de los inquisidores o a la raza de los Galileos? ¿Queréis pertenecer a la raza de los enemigos del hombre o a la raza de sus redentores? No tembléis, no desmayéis. La tierra rueda bajo nuestras plantas; y como Colón, vemos desde el pobre esquife que nos sostiene sobre los abismos, la luz misteriosa que nos descubre la anhelada tierra, cuyas brisas besan ya nuestra frente. No desmayéis. Los que dicen que la sociedad se muere, lo dicen porque se mueren ellos y se mueren sus ídolos. (*Aplausos*).

Yo, alentado por vuestras manifestaciones de simpatía, muestras unánimes que indican, no el aplauso a mi palabra por lo que tiene de mía, sino el reconocimiento de que sentís lo que yo siento; yo, alentado por vuestras simpatías, entro con el ánimo sereno en la ciudad del porvenir, y veo la tierra transfigurada, espiritualizada; el trabajo redimido; las relaciones de los pueblos libres; las naves bogando por todos los mares a su antojo; el globo aerostático,

alas de nuestra organización, hendiendo la atmósfera; las entrañas del Océano exploradas; los tesoros de la tierra abiertos al hombre; todas las tiranías hundidas; todas las servidumbres acabadas; la cuestión social resuelta por la libertad; el derecho grabado en las conciencias; los pueblos unidos; el verdugo descendiendo del cadalso; la guerra envainando su sangrienta espada; la familia penetrada del amor divino; el arte hermoseando la vida, y descubriendo nuevas armonías; la ciencia levantando la escala luminosa de las investigaciones desde la tierra al cielo; la humanidad creándose por su trabajo un nuevo mundo en lo infinito; la idea de Dios siendo una en todas las conciencias, una para todos los hombres; hasta el instante en que, cumplido todo nuestro destino, realizada toda nuestra esencia, confundidos todos los espíritus, la eternidad, que únicamente tiene el secreto final de nuestra vida, pronuncie el *Consumatum est* del gran Evangelio del progreso. He dicho. (*Estrepitosos, unánimes y prolongados aplausos*).

LA LIBERTAD Y EL TRABAJO

Señores:

Nunca me he sentido tan vivamente impresionado como esta noche, en que debo hablar al pueblo trabajador en el lenguaje del pueblo, a ese pueblo que después de tantos sacrificios, después de tantos progresos, aún no ha entrado en la ciudad santa de la libertad y del derecho. Pero no es mi ánimo de ninguna suerte exacerbar dolores y recrudecer heridas, pues en mi confianza por la causa del progreso, en la seguridad que tengo de que la injusticia no ha de ser eterna; cuando os veo durante el día inclinados sobre vuestras máquinas, sobre vuestros artefactos, aceptando gustosos la ley del trabajo para ser útiles a vuestra familia, a vuestros semejantes: y en las